

## EL QUID OBSCURUM DE LAS BATALLAS

Todo el mundo conoce la primera fase de aquella batalla; el principio de ella fué lleno de turbacion, de vacilacion, de incertidumbre, amenazador para ambos ejércitos, pero mucho más para los ingleses que para los franceses.

No había cesado de llover durante toda la noche anterior; las aguas habían puesto el terreno intránsito, formando grandes charcos en todas las cavidades de la llanura, que parecían otros tantos pantanos; en ciertos parajes, los carros de los trenes se hundían hasta el eje, las barrigueras de las malas chorreaban lodo líquido; si los trigos y les centenos echados en tierra por aquella barraunda de convoyes en marcha no hubiesen colmado los grandes baches y atolladeros, formando un lecho de paja bajo las ruedas, todo movimiento habría sido imposible, particularmente en los valles por el lado de Papelotte.

La accion empezó tarde; según hemos dicho ya, Napoleón acostumbraba á tener toda su artillería en la mano, como una pistola, asestándola, ora á tal punto, ora á tal otro de la batalla; y quiso esperar á que las baterías rodadas pudiesen marchar y galopar libremente, para lo cual era preciso que apareciese el sol y secara el suelo. Pero el sol no apareció. No era esta ya la cita de Austerlitz. Cuando se disparó el primer cañonazo, el general inglés Colville miró su reloj, y consignó que eran las once y treinta y cinco minutos.

Empeñóse la accion con furia, con más furia tal vez de lo que hubiera querido el emperador, por el ala izquierda francesa sobre Hougomont. Al mismo tiempo atacó Napoleón el centro precipitando la brigada Quiot sobre la Haie-Sainte, mientras que Ney lanzó el ala derecha francesa contra el ala izquierda inglesa que se apoyaba en Papelotte.

El ataque sobre Hougomont era un tanto simulado, con el fin de atraer hácia allí á Wellington, haciéndole inclinar á la izquierda: tal era el plan, el cual habría tenido feliz éxito, si las cuatro compañías de la guardia inglesa y los denodados belgas de la division Perponcher no hubieran guardado sólidamente la posicion; lo que hizo que Wellington, en vez de caer sobre aquel punto con el grueso de sus fuerzas, pudo limitarse á enviar allí por todo refuerzo otras cuatro compañías de la guardia y un batallon de Brunswick.

El ataque del ala derecha francesa sobre Papelotte era á fondo; volcar la izquierda inglesa, cortar la ruta de Brusélas, impedir el paso al mayor número de prusianos que fuera posible, forzar á Mont-Saint-Jean, rechazar á Wellington sobre Hougomont, desde aquí sobre Braine-l'Alleud, y desde aquí sobre Hal; nada más claro. Salvo algunos incidentes, este ataque salió bien. Papelotte fué tomado, y también lo fué la Haie-Sainte.

Hé aquí ahora un detalle digno de notarse. En la infantería inglesa, y especialmente en la brigada de Kempt,

había muchos reclutas. Estos soldados jóvenes, ante nuestra formidable infantería, mostraron un gran valor; saliendo intrépidamente de sus apuros, á pesar de su inexperiencia, y haciendo sobre todo un excelente servicio de tiradores. Como tirador, el soldado, un tanto entregado á sí mismo, viene á ser por decirlo así su propio general; aquellos reclutas mostraron algo de la invención y de la furia francesa; también hizo gala de imaginación y de chiste aquella infantería novicia, lo cual desagradó á Wellington.

Después de la toma de la Haie-Sainte, vaciló la batalla.

En aquella jornada hay un intervalo oscuro, desde las doce hasta las cuatro; el medio de aquella batalla es casi indistinto y participa de lo sombrío de la liza. Una luz crepuscular aparece en el horizonte. Percíbense vastas fluctuaciones en aquella bruma, un miraje vertiginoso, el aparato de guerra de entonces, casi desconocido hoy, los colbaks ó gorras de pelo flamíferas, los portapliegos flotantes, los correajes cruzados, las cartucheras con granadas, los dormanes de los húsares, las botas encarnadas de mil pliegues, los schakós engalanados de cordones y borlas, la infantería casi negra de Brunswick mezclada con la infantería escarlata de Inglaterra, los soldados ingleses llevando en las bocamangas, en lugar de charreteras, unos cordones blancos, gruesos y circulares, la caballería hannoveriana con su casco oblongo de cuero con tiras de cobre y colas de cerda encarnada, los escoceses con sus rodillas desnudas y su manto á cuadros, los grandes botines blancos de nuestros granaderos; cuadros, en vez de líneas estratégicas; lo que necesita Salvador Rosa, no lo que necesita Gribeauval.

Siempre se mezcla con una batalla cierta dosis de tempestad. *Quid obscurum, quid divinum.* Cada historiador traza un poco los lineamientos que le agradan en ese laberinto. Cualquiera que sea la combinación de los generales, el choque de las masas armadas tiene refujos incalculables; en la

acción, los planes de los dos jefes entran el uno en el otro y se alteran y deforman el uno por el otro. La línea de batalla flota y serpentea como un hilo, los regueros de sangre corren ilógicamente, los frentes de los ejércitos ondean, los regimientos forman, con sus entradas y salidas, cabos y golfos, todos estos escollos se remueven de continuo, unos frente á otros; donde estaba la infantería, la artillería viene á reemplazarla; donde se hallaba la artillería, la caballería llega; los batallones son nubes de humo. Allí había algo, buscadlo, ha desaparecido; los claros mudan de sitio; los pliegues sombríos avanzan y retroceden; una especie de viento sepulcral empuja, rechaza, infla y dispersa aquella muchedumbre trágica. ¿Qué cosa es una lid? una oscilación. La inmovilidad de un plano matemático expresa un minuto, y no una jornada. Para pintar una batalla, se necesita uno de esos pintores vigorosos que tienen algo del caos en su pincel; Rembrandt vale más que Vandermeulen. Vandermeulen, exacto á las doce, miente á las tres de la tarde. La geometría engaña. Sólo el huracán es veraz. Esto es lo que da á Polard el derecho de contradecir á Polybio. Añádase que hay siempre ciertos momentos en que la batalla degenera en combate, se particulariza, y se desparrama en innumerables hechos de detalle que, valiéndonos de las palabras del mismo Napoleón, « pertenecen más bien á la biografía » de los regimientos que á la historia del ejército. » El historiador, en este caso, tiene evidentemente el derecho de reasumir. No puede menos de tomar los rasgos principales de la lucha, sin que sea dado á ningún narrador, por más concienzudo que él sea, el fijar de un modo absoluto la forma de esa nube horrorosa que llaman una batalla.

Esto que es cierto de todos los grandes choques armados, es particularmente aplicable á Waterloo.

No obstante, por la tarde, en cierto momento, se precisó la batalla.

## VI

## LAS CUATRO DE LA TARDE

A eso de las cuatro, la situación del ejército inglés era grave. El príncipe de Orange mandaba el centro, Hill el ala derecha, y Picton el ala izquierda. Desatinado é intrépido, el príncipe de Orange gritaba á los holando-belgas: *! Nassau! Brunswick! nunca atrás!* Hill, debilitado, acababa de buscar refugio en Wellington; Picton había muerto. En el mismo instante en que los ingleses arrebataron á los franceses la bandera del 105° de línea, los franceses mataron al general inglés Picton de un balazo en la cabeza. Para Wellington la batalla tenía dos puntos de apoyo. Hougomont y la Haie-Sainte; Hougomont se sostenía aún, pero estaba ardiendo; la Haie-Sainte había sido tomada. Del batallón alemán que la defendía sólo cuarenta y dos hombres quedaban vivos; todos los oficiales, ménos cinco, habían sido muertos ó prisioneros. Tres mil combatientes perecieron en aquella

granja. Un sargento de la guardia inglesa, el primer púgil de la Inglaterra, reputado como invulnerable por sus compañeros, fué allí muerto por un tamborcillo francés. Baring había sido desalojado, Allen acuchillado. Várias banderas se habían perdido, una de ellas de la division Alter, y otra del batallón de Lunebourg llevada por un príncipe de la familia de Deux-Ponts. Los escoceses grises no existían ya; los enormes dragones de Ponsomby estaban despedazados. Aquella bizarra caballería había sucumbido bajo los lanceros de Bro y bajo los coraceros de Travers; de mil doscientos caballos quedaban seiscientos; de los tres tenientes coroneles, dos estaban por tierra, Hamilton herido, Mater muerto. Ponsomby había caído, penetrado de siete lanzadas. Gordon había muerto, Marsh había muerto también. Dos divisiones, la quinta y la sexta, estaban destruidas.

Tomada la Haie-Sainte, encentado Hougomont, sólo quedaba ya un nudo, el centro. Este nudo se mantenía siempre, y Wellington le reforzó, llamando allí á Hill, que estaba en Merbe-Braine, y á Chassé, que se hallaba en Braine-l'Alleud.

El centro del ejército inglés, algo cóncavo, muy denso y muy compacto, estaba fuertemente situado; ocupando la meseta de Mont-Saint-Jean, teniendo tras de sí el pueblo y delante la cuesta, bastante áspera entónces. Respaldábase en aquella fuerte casa de piedra que á la sazón era un bien patrimonial de Nivelles, y que marca la intersección de las rutas; mole del siglo diez y seis, tan robusta, que las balas de cañón rebotaban allí sin ocasionar estrago ninguno. Al rededor de la meseta, los ingleses habían cortado acá y acullá los setos, almenado los matorrales, formado troneras entre los oxiacantos, y colocado entre dos ramas ó entre dos matas una boca de fuego. Así su artillería se hallaba en emboscada entre aquellas malezas. Este trabajo púnico, incontestablemente autorizado por la guerra, que admite el artificio, estaba tan bien ejecutado, que Haxo, enviado por

el emperador á las nueve de la mañana para reconocer las baterías enemigas, no vió nada; habiendo venido á decir á Napoleón que no había obstáculo alguno, fuera de las dos barricadas que cortaban las rutas de Nivelles y de Genappe. Era aquella la época en que las mieses son altas; y en la orilla de la meseta, un batallón de la brigada Kempt, el 95.º, armado de carabinas, se hallaba tendido entre los grandes trigos.

Así asegurado y resguardado, el centro del ejército anglo-holandés estaba en buena posición.

El peligro de esta posición era el bosque de Soignes, contiguo al campo de batalla y cortado por los estanques de Groenendael y de Boistfort. Un ejército no habría podido retroceder allí sin disolverse; los regimientos se habrían desagregado en seguida, y perdidos la artillería en los pantanos. Según la opinión de muchos hombres competentes, opinión contestada sin embargo por otros, la retirada habría sido un sálvese el que pueda.

Wellington añadió á aquel centro una brigada de Chassé, tomada del ala derecha, otra brigada de Wincke, que quitó del ala izquierda, más la división Clinton. Á sus ingleses, á los regimientos de Halkett, á la brigada de Mitchell. á los guardias de Maitland, dió como respaldos y contrafuertes la infantería de Brunswick, el contingente de Nassau, los hannoverianos de Kielmansegge y los alemanes de Ompteda; con lo cual se agregó y tuvo á la mano veinte y seis batallones. *El ala derecha*, como dice Charras, *fué replegada detrás del centro*. Una enorme batería se hallaba encubierta con sacos de tierra en el sitio donde hoy está lo que llaman « el museo de Waterloo ». Además tenía Wellington en un pliegue de terreno los guardias dragones de Somerset, mil cuatrocientos caballos. Era esta la otra mitad de aquella caballería inglesa tan justamente afamada. Destruído Ponsomby, quedaba aún Somerset.

*nos jugarretas*; este es un dicho de uno de ellos. Durante la misteriosa travesía desde la isla de Elba á Francia, el 27 de Febrero, habiendo encontrado el brik de guerra francés *Zépher* en alta mar al brick *Inconstant* á cuyo bordo venía Napoleón escondido, y preguntado el primer buque al segundo qué noticias traía de Napoleón, el emperador, que aún llevaba en aquel momento en el sombrero la escarapela blanca y amaranto moteada de abejas que había él adoptado en la isla de Elba, tomó riendo la bocina y respondió él mismo: *El emperador está bueno*. El que se ríe de esta manera está familiarizado con los acontecimientos. Napoleón tuvo varios accesos de esa risa durante el almuerzo de Waterloo. Después de almorzar, se recogió un cuarto de hora; y en seguida se sentaron dos generales sobre el haz de heno, cada uno con una pluma en la mano, y un pliego de papel sobre las rodillas, y el emperador les dictó el orden de batalla.

Á las nueve, en el momento en que el ejército francés, escalonado y puesto en movimiento en cinco columnas, se había desplegado, las divisiones en dos líneas, la artillería entre las brigadas, con las músicas á la cabeza, agitando los campos con los redobles de los tambores y los tañidos de las trompetas, poderoso, inmenso, alegre océano de cascos, de sables y de bayonetas en el horizonte, el emperador, conmovido, exclamó por dos veces: ¡Magnífico! magnífico!

Desde las nueve hasta las diez y media, todo el ejército, lo que parece verdaderamente increíble, había tomado posición y se había ordenado en seis líneas, formando, si nos hemos de servir de las mismas palabras del emperador, « la figura de seis V. » Algunos instantes después de la formación del frente en batalla, en medio de aquel profundo silencio, preludio de tormenta, que precede á las batallas, viendo desfilar las tres baterías de á doce, desta-

cadras, por orden suya, de los tres cuerpos de d'Erlon, de Reille y de Lobau, y destinadas á comenzar la accion baliendo á Mont-Saint-Jean donde está la interseccion de los caminos de Nivelles y de Genappe. el emperador puso la mano sobre el hombro de Haxo diciéndole : *Hé ahí veinte y cuatro buenas mozas, general.*

Seguro del éxito, alentó, con una sonrisa, al pasar delante de él, á la compañía de zapadores del primer cuerpo, designada por él para atrincherarse en Mont-Saint-Jean, tan pronto como este lugarcito fuera tomado. Toda aquella serenidad no fué interrumpida sino por un rasgo de altiva compasion : al ver á su izquierda, en el sitio donde hoy existe una gran tumba, formar en masa, con sus soberbios caballos, á aquellos admirables escoceses, dijo : *¡ Qué lástima!*

En seguida montó á caballo, se trasladó delante de Rossomme, y eligió para su observatorio un estrecho otero cubierto de césped, á la derecha del camino de Genappe á Brusélas, que fué su segunda estacion durante la batalla. La tercera estacion, la de las siete de la tarde, entre la Belle-Alliance y la Haie-Sainte, es formidable; un cerro bastante elevado, que existe aún y tras del cual se agrupó la guardia en masa, en un declive de la llanura. Al rededor de aquel cerro, las balas de cañon rebotaban sobre el empedrado de la calzada hasta Napoleon. Como en Brienne, allí tambien tenía sobre su cabeza el silbido de las balas y de la vizeainas. Junto al mismo sitio en que se apoyaban los piés de su caballo, se han recogido despues várias balas de cañon carcomidas, hojas de sable viejas y proyectiles informes, desgastados por la herrumbre. *Scabra rubigine.* Hace algunos años, desenterraron allí una granada de á sesenta, cargada aún, cuya espoleta se habia roto al ras de la bomba. En esta última estacion fué donde el emperador dijo á su guía Lacoste, paisano hos-

ti, despavorido, atado en la silla de un húsar, y que se volvía á cada disparo de metralla, procurando e conderse detras de Napoleon : — *¡ Imbecil, qué vergüenza! Vas á hacerte matar por la espalda.* El mismo que escribe estas líneas ha encontrado en la escarpa desmenuzable de aquel cerro, excavando en la arena, los restos del cuello de una bomba, segregados por el óxido de cuarenta y seis años, y pedazos de hierro viejo que se quebraban con la mano como palo de saúco.

Nadie ignora que las undulaciones de las llanuras diversamente inclinadas en que tuvo efecto este duelo de Napoleon y de Wellington, no son ya lo que eran el 18 de Junio de 1815. Al tomar de aquel campo fúnebre los materiales con que hacerle un monumento, le quitaron su relieve natural; y la historia, desconcertada, no le reconoce ya. No han sabido glorificarle, sino desfigurándole. Wellington, al ver de nuevo á Waterloo, dos años despues, exclamó : *Me han cambiado mi campo de batalla.* Allí donde está la gran pirámide de tierra sobre la cual se halla colocado el leon, habia una cresta que, hácia la ruta de Nivelles, descendía en rampa practicable, pero por el lado de la calzada de Genappe, era casi una escarpa. La elevacion de esta escarpa puede aún medirse hoy por la altura de los dos cerros donde reposan las dos grandes sepulturas que encajonan el camino de Genappe á Brusélas : la tumba inglesa á la izquierda; y la tumba alemana á la derecha. No hay tumba francesa. Para la Francia, toda aquella llanura es un vasto sepulcro. Gracias á las mil y mil carretadas de tierra empleadas en la colina de ciento cincuenta piés de elevacion y de média milla de circunferencia, la meseta de Mont-Saint-Jean es hoy accesible en una pendiente suave; el dia de la batalla, sobretodo por el lado de la Haie-Sainte, era harto dificil de abordar, áspera y quebrada ; siendo allí tan inclinada la

vertiente, que los artilleros ingleses no veían debajo de ellos la granja situada en el fondo del valle, y que era el centro del combate. El 18 de Junio de 1815, las lluvias habían dificultado aún mucho más la subida de aquella cuesta, complicándola además con el fango, pues no sólo resbalaban de continuo, sino que se atascaban las tropas al trepar por aquella torrentera escarpada por las aguas. Á lo largo de la cresta de la meseta corría una especie de foso imposible de adivinar por un observador lejano.

¿Qué venía á ser aquel foso? digámoslo. Braine-l'Alleud es un lugar de la Bélgica y Ohain es otro. Estos lugares, escondidos ambos en las curvas del terreno, están ligados por un camino, como de legua y media, que atraviesa una llanura de nivel undoso, entrando y sumergiéndose á veces en las colinas como un surco, lo que hace que, en varios puntos, aquel camino es un verdadero barranco. Lo mismo que hoy, en 1815 cortaba él la cresta de la meseta de Mont-Saint-Jean entre las dos calzadas de Genappe y de Nivelles; sólo que hoy se encuentra nivelado con la llanura, mientras que entonces era un camino en hondonada. Priváronle de sus dos escarpas para formar el terrontero del monumento. Aquel camino era y aún es todavía una zanja en la mayor parte de la extensión que recorre; zanja profunda, á veces hasta de doce piés, y cuyos declives demasiado escarpados se desplomaban acá y allá, sobre todo en invierno, en las grandes lluvias. Con frecuencia ocurrían accidentes. Tan estrecho era el camino á la entrada de Braine-l'Alleud, que un pasajero quedó allí triturado por un carro, como lo atestigua la cruz de piedra que se halla colocada de pié junto al cementerío que estampa el nombre del muerto, *el señor Bernardo Debrye, mercader en Brusélas*, y la fecha del accidente, Febrero de 1637. Y era tan profundo en la meseta de Mont-Saint-Jean, que en 1783 fué aplastado un

paisano, Mathieu Nicaise, por un hundimiento de la escarpa, como lo demuestra también otra cruz de piedra cuya parte superior ha desaparecido en los desmontes, pero cuyo pedestal derribado es aún hoy visible en la cuesta alfombrada de césped que está á la izquierda de la calzada entre la Haie-Sainte y la granja de Mont-Saint-Jean.

Aquel camino hondo, cuya existencia no se revelaba por ningún signo á distancia, borde de la cresta de Mont-Saint-Jean, foso en la cima de la escarpa, atolladero oculto en las tierras, en un día de batalla era invisible, es decir, terrible.

## VIII

### EL EMPERADOR DIRIGE UNA PREGUNTA AL GUÍA LACOSTE

Así pues, en la mañana de Waterloo, Napoleón estaba contento.

Y no sin razón; el plan de batalla concebido por él, según hemos indicado ya, era en efecto admirable.

Una vez empeñada la acción, sus peripecias, tan diversas; la resistencia de Hougomont; la tenacidad de la Haie-Sainte; Bauduin muerto; Foy puesto fuera de combate; la inesperada é imprevisible pared donde se estrelló la brigada Soye; el fatal aturdimiento de Guillemín, que carecía de petardos y de sacos de pólvora; el atascamiento de las baterías; las quince piezas sin escolta volcadas por Uxbridge en un camino hondo; el poco efecto de las bombas que, al caer en las líneas inglesas, se enterraban en el suelo resbaladizo por las lluvias, sin que pudieran hacer allí otra cosa que volcanes de lodo, en términos que la metralla sólo daba

por resultado el salpicar; la inutilidad de la demostración de Piré sobre Braine-l'Alleud; toda aquella caballería, quince escuadrones, casi anulada; el ala derecha inglesa apenas inquietada; el ala izquierda mal atacada; el singular error de Ney haciendo formar en masa en vez de escalar las cuatro divisiones del primer cuerpo, entregando así á la metralla espesores de veinte y siete filas y frentes de doscientos hombres; los espantosos estragos que la artillería enemiga causaba en estas masas; las columnas de ataque desunidas; la batería de escuadra desmascarada bruscamente en su flanco; Bourgeois, Donzelot y Durutte comprometidos; Quiot rechazado; el teniente Vieux, aquel hércules salido de la escuela politecnica, herido en el momento mismo en que derribaba á hachazos la puerta de la Haie-Sainte bajo el fuego mortífero de la barricada inglesa que atajaba el recodo de la ruta de Genappe á Bruselas; la división Marcognet, cogida entre la infantería y la caballería, fusilada á quema ropa en los trigos por Best y Pack, y acuchillada por Ponsomby; su batería de siete piezas clavada; el príncipe de Sajonia-Weymar, conservando y guardando, á pesar del conde d'Erlon, á Frischemont y á Smohain; la bandera del 105<sup>o</sup> tomada; la bandera del 43<sup>o</sup> sufriendo la misma suerte; aquel húsar negro prusiano capturado por los batidores de la columna volante de trescientos cazadores cuando exploraba el campo en descubierta entre Wavre y Planenoit; las cosas alarmanes que dijo este prisionero; la tardanza de Grouchy; los mil quinientos hombres muertos en ménos de una hora en el huerto de Hougomont; los mil ochocientos que sucumbieron, en ménos tiempo aún, al rededor de la Haie-Sainte; todos estos incidentes borrascosos, pesando como las nubes de la batalla delante de Napoleón, habian turbado apenas su mirada, y no habian oscurecido la certidumbre en el rostro imperial. Napoleón

estaba acostumbrado á mirar la guerra fijamente; jamas hacia él, guarismo por guarismo, la punzante adición de los detalles; de los guarismos hacia él poco caso, con tal que le diesen este resultado: Victoria; aunque los primeros pasos se extraviasen, no por eso se alarmaba él, que se creía dueño y poseedor del fin; sabía esperar, suponíendose fuera de cuestion, y tratando al destino de potencia á potencia. Parecía decir á la suerte: No te atreverías.

Luz y sombra á medias, Napoleon se sentía protegido en el bien y tolerado en el mal. Tenía, ó á lo menos creía tener para sí cierta connivencia, que casi podria llamarse complicidad en los acontecimientos, equivalente á la antigua invulnerabilidad.

Sin embargo, cuando se tiene tras de sí la Beresina, Leipsick y Fontainebleau, parece que se debiera desconfiar de Waterloo. Un misterioso fruncimiento de cejas aparece visible en el fondo del cielo.

En el momento en que Wellington retrogradó, Napoleon experimentó un grato estremecimiento. Ya veía él la meseta de Mont-Saint-Jean desguarnecerse y el frente del ejército inglés desaparecer súbitamente. Lo que este hacia era ocultarse rehaciéndose. El emperador se medio levantó sobre sus estribos. El brillo de la victoria deslumbró un instante sus ojos.

Wellington acorralado en el bosque de Soignes y destruido, era el aterramiento definitivo de la Inglaterra por la Francia; era Crecy, Poitiers, Malplaquet y Ramillies vengados. El hombre de Marengo borraba á Azincourt.

Meditando la terrible peripecia, el emperador entonces paseó por última vez su anteojo por todos los puntos del campo de batalla. Su guardia, descansando sobre las armas detras de él, le observaba desde abajo con una especie de religion. Él estaba como soñando; examinaba las vertientes, notaba las cuestas, escudriñaba las arboledas, el sem-

brado de centenos, la senda; parecia que contaba cada mata. Miró con algun detenimiento las barricadas inglesas de las dos calzadas, dos grandes talas de árboles, la de la calzada de Genappe, más arriba de la Haie Sainte, armada de dos cañones, los únicos, de toda la artillería inglesa, que viesen el fondo del campo de batalla, y la de la calzada de Nivelles, donde brillaban las bayonetas holandesas de la brigada Chassé. Junto á esta barricada observó la antigua capilla de San Nicolas pintada de blanco, que está en el ángulo del camino transversal que se dirige hácia Braine-l'Alleud. Entónces se inclinó y dirigió la palabra á media voz al guía Lacoste. El guía hizo con la cabeza una señal negativa, probablemente pérfida.

El emperador se enderezó y se puso como á reflexionar. Wellington habia retrocedido.

Ya no quedaba más sino acabar aquella reculada por medio de una completa derrota.

Napoleon entónces hizo un movimiento brusco y expidió una estafeta á París, á toda carrera, para anunciar que la batalla estaba ganada.

Napoleon era uno de esos genios de donde sale el trueno. Y acababa de encontrar el rayo.

Dió órden á los coraceros de Milhaud de que tomasen la meseta de Mont-Saint-Jean.



Eran tres mil quinientos, y formaban un frente de un cuarto de legua. Hombres gigantes sobre caballos colosos. Había veinte y seis escuadrones; y tenían tras sí, para apoyarlos, la division de Lefebvre Desnouettes, los ciento seis gendarmes de preferencia, los cazadores de la guardia, mil ciento noventa y siete hombres, y los lanceros de la guardia, ochocientos ochenta lanzas. Llevaban el casco sin crines y la coraza de hierro batido, con las pistolas de arcabuz y el largo sable-espada. Todo el ejército los había admirado aquella mañana, cuando, á las nueve, al sonido de los clarines y al canto de todas las músicas que entonaron el: *Veillons au salut de l'empire*, habían venido, en columna cerrada, con una de sus baterías al flanco y la otra en el centro, á desplegarse en dos filas entre la calzada de Genappe y Frischemont, y á ocupar su puesto de batalla en aquella poderosa segunda línea, tan

sabiamente compuesta por Napoleón, la cual llevando en su extrema izquierda los coraceros de Kellermann y á su extrema derecha los coraceros de Milhaud, tenía, por decirlo así, dos alas de hierro.

Llevóles la orden del emperador el ayudante de campo Bernard. Ney desenvainó su espada y se puso á la cabeza. Aquellos escuadrones cerrados emprendieron el movimiento.

Vióse entonces un espectáculo formidable.

Toda aquella caballería, sable en mano, lanzando al viento trompetas y estandartes, formada en columnas por division, descendió, con un solo movimiento y como un solo hombre, con la precision del ariete de bronce que abre una brecha, la colina de la Belle-Alliance, se precipitó en el fondo temible donde tantos hombres habían caído ya, desapareció allí entre el humo, y despues, saliendo de aquella sombra, reapareció al otro lado del valle, siempre cerrada y compacta, subiendo á gran trote, al traves de una nube de metralla que descargaba sobre ella, la horrible y fangosa pendiente de la meseta de Mont-Saint-Jean. Subían, graves, amenazadores, imperturbables; haciendo oír aquel colosal movimiento de pisadas en los intervalos de la mosquetería y de la artillería. Como eran dos divisiones, iban dos columnas; la division Wathier ocupaba la derecha y la division Delord la izquierda. Creeríase ver de lejos desplegarse hácia la cresta de la meseta dos inmensas culebras de acero. Aquello atravesó la batalla como un prodigio.

Desde la toma del gran reducto de la Moskowa por la caballería de línea, no se había visto nada comparable á esto; Murat faltaba aquí, pero Ney se encontraba. Parecía que aquella masa se había convertido en monstruo y no tenía sino una sola alma. Cada escuadron undulaba y se hinchaba como los anillos del pólipó. Percibíase los al tra-

ves de una vasta humareda rasgada en ciertos intervalos. Confusion de cascos, de gritos, de sables, saltos borrascosos de las grupas de los caballos entre el cañon y la música, tumulto disciplinado y terrible, y sobre todo esto las corazas, luciendo como las escamas sobre la hidra.

Estos relatos parecen ya de de otras edades. Algo semejante á esta vision aparecia sin duda en las viejas epopeyas orfeicas que refieren los hechos de los hombres-caballos, los antiguos hipántropos, aquellos titanes de rostro humano y pecho ecuestre que galopando escalaron el Olimpo, horribles, invulnerables, sublimes; dioses y bestias.

Extraña coincidencia numérica, veinte y seis batallones iban á recibir á aquellos veinte y seis escuadrones. Detras de la cresta de la meseta, á la sombra de la batería disimulada, esperaba la infantería inglesa, formada en trece cuadros, cada uno de dos batallones, y en dos líneas, siete en la primera, y seis en la segunda, con la culata en el hombro, asestando á lo que iba á venir, tranquila, muda, inmóvil. Ni ella veia á los coraceros, ni los coraceros la veian á ella, que se limitaba á escuchar cómo subia aquella marea de hombres. Oia ella desde allí el inmenso y siempre creciente ruido que hacian los tres mil caballos, el golpeo alternativo y simétrico de las herraduras á gran trote, el frotamiento de las corazas, el chasquido de los sables, y una especie de gran resoplido feroz. Siguióse un silencio pavoroso, y despues, de improvviso, apareció sobre la cresta de la montaña una larga hilera de brazos levantados blandiendo los sables, y los cascos, y los estandartes, y los clarines, y tres mil cabezas, con sus bigotes grises gritando: ¡ Viva el emperador! Toda aquella caballería desembocó en la meseta, y su aparicion fué como la entrada de un temblor de tierra.

De improvviso ocurrió un suceso trágico: á la izquierda de los ingleses, es decir, á nuestra derecha, la cabeza de

columna de los coraceros se rompió con uu clamor espantoso. Llegados al punto culminante de la cresta, desfrenados, entregados á toda su furia, y á su carrera de exterminio sobre los cuadros y los cañones, los coraceros acababan de apercibir entre ellos y los ingleses un foso, ó más bien una fosa. Era el camino hondo de Ohain.

El instante fué espantoso. El barranco estaba allí, inesperado, como una sima, á pico bajo los piés de los caballos, con dos toesas de profundidad entre su doble escarpa; la segunda fila empujó á la primera, y la tercera á la segunda; los caballos se levantaban de manos, reculaban, caian sobre la grupa, levantaban los cuatro piés al aire, derribando y moliendo á los jinetes, sin que hubiera medio de retroceder pues toda la columna formaba un solo proyectil, y la fuerza adquirida para anonadar á los ingleses anonadó los franceses, pues el barranco inexorable no podia rendirse sino colmado; jinetes y caballos rodaron allí en confusion triturándose los unos á los otros, no haciendo sino una sola carne en aquel precipicio; y cuando aquella fosa se llenó de hombres vivos, marcharon los restantes por encima y así pasó la caballería, despues de haber sido enterrada casi la tercera parte de la brigada Dubois en aquel abismo.

Esto empezó la pérdida de la batalla.

Una tradicion local, que exagera sin duda el hecho, dice que en la hondonada de Ohain quedaron sepultados mil quinientos hombres y dos mil caballos. Probablemente comprende este guarismo todos los demas cadáveres que arrojaron al barranco al otro dia del combate.

Antes de ordenar esta carga á los coraceros de Milhaud, Napoleon habia escudriñado bien el terreno, pero no habia podido ver aquel camino profundo que ni siquiera formaba una arruga en la superficie de la meseta. Advertido sin embargo y puesto en recelo por la capillita blanca que

marca su ángulo en la calzada de Nivelles, había dirigido, probablemente sobre la eventualidad de un obstáculo, una pregunta al guía Lacoste, el cual había respondido negativamente. Casi podría decirse que de aquella señal de cabeza de un labriego salió la catástrofe de Napoleón.

Pero aún debían surgir otras fatalidades.

¿Era posible que Napoleón ganase esta batalla? nosotros respondemos, no. ¿Por qué? ¿á causa de Wellington? ¿á causa de Blücher? No. Á causa de Dios.

Bonaparte, vencedor en Waterloo, no era cosa que pudiera ya entrar en la ley del siglo diez y nueve. Se estaba preparando otra serie de hechos en que no había ya un puesto para Napoleón. De larza fecha se anunciaba la mala voluntad de los acontecimientos.

Era ya tiempo de que cayera aquel coloso.

La excesiva pesantez de aquel hombre en los destinos de la humanidad turbaba el equilibrio. Aquel individuo solo significaba en el cómputo más que el grupo universal. Esas pléoras de toda la vitalidad humana concentrada en una sola cabeza, el mundo subiendo al cerebro de un hombre, sería una cosa mortal á la civilización, si fuese duradera. Era, pues, llegado el momento de avisar y proveer, para la incorruptible equidad suprema. Probablemente los principios y los elementos de donde dependen las gravitaciones regulares, en el órden moral como en el órden material, se quejaban. La sangre humeando, los cementerios demasiado llenos, las madres anegadas en llanto, son todos alegatos formidables. Cuando la tierra sufre una sobrecarga, hay misteriosos gemidos de la sombra, que el abismo oye.

Napoleón había sido denunciado en el infinito, y su caída era cosa resuelta.

Estorbaba á Dios.

Waterloo no es una batalla, es cambio de frente de universo.

## X

## LA MESETA DE MONT-SAINT-JEAN

Al mismo tiempo que el barranco se descubrió la batería.

Sesenta cañones y los trece cuadros rompieron sus fuegos contra los coraceros á quema ropa. El intrépido general Delord hizo el saludo militar á la batería inglesa.

Toda la artillería volante británica había vuelto á entrar en los cuadros á galope. Ni un solo instante se detuvieron los coraceros. El desastre del camino hondo los había diezmado, pero no desalentado. Eran de esos hombres, que, disminuidos de número, se engrandecen de corazón.

La columna Wathier sola había sufrido del desastre; la columna Delord, que Ney había hecho oblicuar á la izquierda, como si hubiera él presentido la emboscada, llegó completa.

Los coraceros se lanzaron sobre los cuadros ingleses.